

cion por la sávia fecundante del talento, y la adulacion te ha afirmado más y más en tus peligrosas vanidades: la ociosidad te ha envuelto en su impalpable pero terrible red, y te ha perdido el decirte cada noche, despues de un dia de ociosidad y de desórden:

»Mañana trabajaré.»

— Todo eso, tia mia, es una triste verdad, dije yo con voz conmovida, y hoy seria un hombre, y no un niño, si un afecto inteligente como el de Vd. me hubiera guiado y protegido.

—Y qué, los veinte años ¿piden ni aceptan guia y proteccion? exclamó mi tia: en vano hubiera sido que yo te la hubiera ofrecido: la juventud es presuntuosa, dice Fenelon: ella se lo promete todo de sí misma; pero los años traen el desaliento y la fatiga, y ya te hallas cerca de ese período.

—Me hallo ya en él, repuse con una amarga melancolia, mirando á Amelia, que á su vez me miró con extraordinaria dulzura y simpatía.

—No, no, repuso mi tia; aún te queda largo tiempo para recorrer esos ásperos senderos, que os parecen bellos, y en cuyas orillas dejais no solo los girones del vestido, sino tambien los pedazos del corazon: no tienen aún para tí significado alguno las palabras *deber* y *sacrificio*: pero llegará un dia en que se escul-

pan en tu alma, rodeadas de luz y de inmortales resplandores.

—¿Y por qué, tia mia, no estar persuadida de que ya las veo así? exclamé dirigiendo á Amelia una rápida pero elocuente mirada: ¿por qué no he de desear ya la paz y el sosiego que nunca disfruté?

—¿Qué edad tienes? preguntó mi tia: la sé sobre poco más ó ménos; pero un año es mucho para la cuestion que nos ocupa.

—Tengo veinticinco años, respondí.

—Te creia con alguno ménos, dijo la señora de Romagosa: más, á pesar de esto, te repito que aún no ha llegado para tí la hora de la luz.

Yo iba á contestar; y sin duda lo hubiera hecho con alguna amargura, cuando mi tia, previendo acaso lo que pasaba en mi corazon, cambió de conversacion, dirigiendo á Amelia algunas palabras acerca de un asunto de tocador.

La comida terminó sin otro incidente, y pasamos al salon, donde se hallaba servido el café.

VI.

Julia vino á ver á su madre, segun su costumbre de todos los dias: algunas personas de la intimidad de mi tia, hasta el número de ocho ó diez, fueron llegando tambien.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Año 1925 MONTERREY, MEXICO

Un poeta jóven leyó unos versos: Julia tocó y cantó acompañándose ella misma: se habló de artes, de pintura, de historia, de teatros, de nuevos y buenos libros: en el salon de mi tia, en aquel pequeño y modesto salon amueblado sencillamente con tapicería de lana, se rendia un ferviente culto á la inteligencia.

Nada se decia allí que fuera vulgar, prosáico y grosero: como á tu lado, Luisa, prosiguió el señor de Riosanto, tomando una mano de la condesa, que le escuchaba con una atencion sostenida y muda; como á tu lado, el alma gozaba allí de ese encanto supremo que da la sagrada comunión de la inteligencia, y de la que el mundo no ofrece ni siquiera un mezcunino remedo, ó una débil é imperfecta imágen.

La condesa miró al que así le hablaba con una tierna y melancólica expresion: toda huella de afecto violenta y terrestre habia desaparecido de su noble y dulce fisonomía: al escuchar aquel noble y elevado lenguaje, las nieblas de su dolor habian dejado paso á una dulce serenidad.

Nada hay que despierte tanto las facultades nobles como el contacto de las inteligencias elevadas: las malas pasiones, los sentimientos impuros caen como murallas de hielo ante el fuego sagrado del entusiasmo y de la virtud, y ceden el paso á todo lo que es verdaderamente grande y bueno.

Yo miraba á Amelia, y entre aquel conjunto de armonías la hallaba más sublime, más atractiva, más pura que la habia visto jamás: aquella atmósfera era sin duda la suya; así debia vivir, y así debia ser su vida: mi tia la pidió que cantase; y ella, sin excusarse, sin hacerse de rogar, sin los vulgares y gastados pretextos de *ronquera*, y de estar mal de voz, se levantó para dirigirse al piano.

Yo la presenté el brazo, que ella aceptó con aquella dignidad y casta sencillez, que era como el sello de todas sus acciones.

A una señal de su madre, mi prima Julia se levantó para acompañarla.

Me admiró el que á esta no se le hubiese ocurrido; y fijando mis ojos en su semblante, advertí en él una expresion tan dura, que me quedé profundamente asombrado.

Yo no sé por qué extraña intuición comprendí que Julia odiaba á la pobre Amelia, y que era una de sus mayores enemigas: el encono y la malignidad se pintaban en los ojos de mi prima, y les robaban toda su hermosura.

—¿Que vas á cantar? preguntó á Amelia con una melosa dulzura.

—Qué, ¿quieres acompañarme? dijo la jóven: cantaré la pieza que tú elijas.

—Canta el ária de Roberto.

—No me parece ária de salon, objetó Amelia moviendo su linda cabecita rubia: cantaré una

melodía francesa que ya me has acompañado otras veces.

Julia hizo un gesto de desden, pero no respondió nada. Amelia se quedó en pié al lado del piano. Julia se sentó con la elegancia y coquetería que le eran habituales, y preludió ligeramente.

Amelia, vestida de luto y á la luz de las bujías, parecia un ángel: la suprema distincion de su figura y de sus maneras se advertia en su actitud modesta, digna y encantadora: empezó con voz débil y llena de timidez: mas á poco el encanto supremo de la música la hizo olvidarse de todo, y encendió en su frente la llama sagrada del entusiasmo, y en sus azules y puros ojos el rayo ardiente de la inspiración.

Su dulce y melodiosa voz cautivó bien pronto á la reducida asamblea: todos estaban pendientes de sus labios, todos miraban estáticos su admirable cabeza rubia.

Cuando acabó la primera estrofa, de cada boca brotó una exclamacion de entusiasmo, que salia del corazon: la cancion era dulce y triste: al terminar la estrofa segunda y última, todos hubieran querido abrazar á Amelia.

Esta se retiró del piano, cubiertas sus blancas mejillas de una tinta rosada. Julia estaba pálida, y su mirada torva me asustó.

Al retirarse Amelia del piano se halló con mi brazo, en el que se apoyó.

—¡Gracias! exclamé con voz conmovida y sin ocurrírseme otra palabra de cumplimiento ó de galantería.

—¿De qué? preguntó mirándome con una adorable sonrisa.

—Me ha hecho Vd. muy feliz.

—¿Cantando?

—Sí. Al oirla he pensado en mi madre, en mis hermanas... en todo lo bueno que conozco y amo; me ha parecido que oia al ángel de mi guarda.

Mi tia, que venia al encuentro de Amelia, se apoderó de ella y la abrazó con efusion verdaderamente maternal.

Una hora despues, el criado de la señora de Romagosa entró y dijo acercándose á la joven:

—Señorita Amelia, ya ha venido su criada de Vd.

—Allá voy, respondió ella.

—Es temprano, objetó una señora amiga de mi tia.

—Son las once, y como voy sola con mi criada no puedo detenerme más, objetó Amelia con modesta sencillez.

—¿Pero se va Vd. sola con una criada? preguntó el poeta que habia leído.

—Se va sola con otra mujer, lo cual me parece muy mal, dijo Julia ásperamente.

—Querida mia, dijo Amelia con dulzura y firmeza á la vez: todos saben que yo no tengo ni

padres, ni hermanos, ni marido, y que solo puedo y debo ir acompañada de la mujer que me sirve.

—¿Por qué no tomas un criado?

—Soy pobre para eso: ya ves que no me avergüenzo de confesarlo.

—Esta respuesta fué dada con la más perfecta sencillez y dignidad: Julia, derrotada en su mala intencion, no supo qué contestar.

Amelia se levantó tranquilamente, abrazó á mi tia y saludó á cada uno de los concurrentes con cordialidad, pues todos la conocian íntimamente.

Cuando llegó á abrazar á Julia, esta no pudo resolverse á dejarla pasar sin asestarla un dardo.

—Adios la dijo; veo que *tus desgracias*, como las llamas, no te quitan el buen humor ni la gana de divertirme.

—No vengo á casa de tu madre por divertirme, contestó la jóven parándose esta vez fieramente delante de su enemiga.

—¿No? preguntó esta con burlona sonrisa.

—¡No! repitió Amelia.

—¿Por qué vienes entonces?

—Por que aquí soy feliz.

Pasando entonces por delante de mí, me dijo alargándome su pequeña mano y sonriéndose á pesar de la palidez que, al recibir la herida de Julia, había cubierto sus mejillas:

—Adios, señor de Riosanto.

—Adios, señora, respondi, inclinándome como si quisiera besar aquella mano.

Amelia salió del salon.

Cuando ya hube perdido de vista el último pliegue de su traje, me acerqué á mi prima.

—Se conoce, querida y cruel Julia, le dije, que no es esa jóven que acaba de salir santo de tu devocion.

—¡La detesto! me respondió.

—¿Te ha hecho algo?

—¡Es ella poca cosa para eso! repuso Julia con amargo desden: no, no me ha hecho nada.

—¿Entonces, por qué la aborreces?

—Es coqueta, presumida, insoportable; se empeña en pasar por infeliz, y nadie vive tan á su gusto como ella: dejó la casa de su marido para gozar de completa libertad, y lo ha conseguido.

—Hija mia, observó mi tia tristemente: cuando una mujer en las condiciones de Amelia da un paso como el que la reprochas, motivos muy graves y muy dolorosos debe tener.

—Ó debe ser muy imprudente, observó Julia con dureza.

—Ya sabes, continuó mi tia, que ha dejado una posicion cómoda y casi brillante por la escasez cercana á la pobreza; que vive con lo poco que tiene, y que su marido nada hace por ella: esta vida ya demuestra un noble valor:

muehos veis la locura en su modo de obrar; yo veo en él mucha dignidad.

—¿Y sus coqueterías con cuantos hombres vé? objetó Julia con despecho.

—No es culpa de esa jóven, si reside en ella un encanto irresistible. Y qué, ¿piensas tú que el mundo ve impunemente á una criatura de sus condiciones? El gran talento que en ella brilla, su perfecta educacion, su distincion exquisita, el encanto de su persona y su pura y solitaria vida, ¿no han de excitar en torno suyo innumerables adoraciones? Hasta hoy no ha aceptado ninguna, y su conducta es más que heróica, atendido el aislamiento en que vive. A nuestro sexo solo corresponde ser indulgente con esa amable criatura.

—De modo, mamá, dijo Julia exasperada, que si yo mañana siguiese el ejemplo de Amelia, si abandonase la casa conyugal, me excusarias ó más bien me aplaudirias?

—Tú eres madre, carácter sagrado que obliga á soportarlo *todo*, repuso mi tia, y además sería una infamia que abandonases á tu marido.

—¿Por qué?

—Porque te ama, porque existen entre vosotros todas las armonías del alma y del espíritu, porque es para tí el fiel ó indulgente compañero que necesitas para hacer el penoso camino de la vida.

—¿Y el de Amelia, no era así?

—No: pero, hija mia, dejemos ya esto: tú, como yo, sabes esta triste historia: y como que á ninguno de los presentes le es desconocida, á lo ménos en su totalidad, el tiempo hará justicia á esa noble criatura y dará un mentís á la calumnia y á la envidia que tan cruelmente la persiguen.

Mi tia, al terminar estas palabras, dirigió á su hija una mirada serena y firme, que la hizo inclinar la cabeza.

Yo habia escuchado toda aquella conversacion, inmóvil y mudo. ¿Cuál era la triste historia de aquella criatura que ya ocupaba mi alma, y que excitaba la simpatía general? ¿Por qué fatalidad la habia hallado yo, cuando ya era de otro? ¿Quién era ese otro? ¿De qué se le acusaba?

Julia advirtió mi preocupacion, y se acercó á mí.

—Mi madre está ya ridícula con su pasion por ese ente, me dijo con su acerada sonrisa: es una fátua insoportable, que tiene todas las presunciones, y que le da por hacerse la inocente y la sentimental: por mi parte, lo confieso, á mí me es profundamente antipática.

—Lo veo muy bien, le dije sonriendo.

—Ha coqueteado hasta con mi marido.

Al oir estas palabras, sentí como un golpe en el corazon.

—Me voy á mi casa, prosiguió Julia; Ernes-

to no puede venir á buscarme esta noche, y así, primo, espero que me acompañarás.

Acercándose luego á su madre, añadió:

—¡Adios, mamá! no sueñes con tu protegida.

—Sé más indulgente y serás más feliz, respondió mi tía, sellando con un dulce beso en la frente de su hija este amoroso consejo.

Yo salí con Julia, cuyo brazo temblaba con un sacudimiento nervioso: la tempestad rugía en el fondo de aquella alma ardiente, y yo la comprendía, porque la conocía bastante.

—Prima mía, le dije, hoy no te hablaré de amor como otras veces; ya me has rechazado tantas, que no me atrevería; pero te hablaré de amistad é invocaré tu confianza. ¿Qué te sucede? ¿Que te ha hecho la pobre Amelia? ¿Te ha robado algun afecto.

—Todos los que halla al paso, repuso mi prima; todas las simpatías se dirigen á ella: á su lado no puede ser amada ninguna mujer.

Mi corazón latía con una violencia dolorosa al oír á mi prima. ¿Qué podría yo esperar de una mujer que era adorada de todos? ¿Cómo había de fijarse ella en mí? ¿Cómo había de amarme? ¿Qué valdria yo á sus ojos? Escudada detrás de su virtud y de su desgracia, pasaba tranquila é indiferente entre el coro inmenso que le cantaba un himno de amor, lo mismo que entro la turba que la perseguía con los rugidos de la envidia.

Un profundo desaliento llenaba mi corazón. Julia, por su parte, distraída con sus amargos pensamientos, guardó algunos instantes de silencio.

—Esas mujeres separadas de sus maridos, prosiguió, son el castigo de todas las demás: su situación las hace desde luego interesantes, y tienen toda la libertad que desean, sin ofrecer el riesgo que los hombres temen, de enajenar su libertad por medio de un compromiso que los lleve al casamiento. Una mujer separada de su marido es siempre encantadora, aunque sea fea y hasta desagradable. Tú mismo, ¿no estás vivamente impresionado por Amelia?

—No, le respondí sonriendo.

—Sí, repuso colérica mi prima, lo estás, y ella coqueteará contigo lo bastante para hacerte enamorar ciegamente de ella; pero ten por seguro que cuando lo estés se burlará de tí, y se atrincherará detrás de su virtud. Esas mujeres son las enemigas de todas las demás; pero son también vuestro castigo.

Al decir estas palabras, llegábamos á la puerta de casa de Julia.

—Buenas noches, y piensa en lo que te digo, añadió; y casi al mismo instante desapareció de mi vista, entrando en el portal y tomando rápidamente la escalera.

Yo quedé atónito, triste, confuso; todas sus palabras resonaban en mis oídos, y las últimas,

sobre todo, tenían para mí un eco fúnebre: *cuan-
do estés enamorado de ella ciegamente, se burlará
de tí.*

¿Sería verdad? ¿Sería aquella celestial cria-
tura una mujer artificiosa, una coqueta sin co-
razon?

Llegué á mi casa y fuí derecho al balcón de
mi cuarto, que abrí, á pesar de lo fría que es-
taba la noche.

Amelia tenía luz en el suyo: á través de los
cristales pasaba dulcemente la claridad de su
lámpara: dos veces ví cruzar vagamente su es-
belta sombra, sin que pudiera divisarla, á cau-
sa de la distancia y de la gran altura de su
balcón.

Por fin se apagó aquella luz, que había lle-
gado á ser para mí como el faro salvador que
se eleva en medio de los mares, y me acosté, no
para dormir, sino para pensar en los augurios
de Julia y en la que era objeto de ellos, y ob-
jeto ya también de mi apasionada adoración.

—Basta por hoy, amigo mío, dijo la conde-
sa, que había estado escuchando atentamente
la narración de Riosanto: es tarde, y tú estas
fatigado; mañana continuaremos.

Hasta mañana, pues, dijo el barón; y toman-
do la mano de su amiga la estrechó tiernamen-
te, la besó y se alejó á pasos lentos del palacio.

La condesa se acercó á la verja del parque,
y le siguió con una mirada triste: una lágrima

asomó á sus largas pestañas: luego alzó los ojos
al cielo y secó aquella gota de llanto con su pa-
ñuelo de batista: en aquel momento oyó una ri-
sa fresca y sonora, como si el cielo hubiera que-
rido avisarle que aún había alegría en la tierra,
y un instante después Carlota entró en el pe-
ristilo por la puerta del salón, y corrió á abra-
zar á su madrina.

VII.

—Madrina mía, dijo Carlota con voz cariño-
sa y dulce. ¿Por qué está Vd. tan triste? Ese
caballero, ¿le ha dado alguna mala noticia? ¿la
ha disgustado? No me extrañaría, y no sé por
qué su aspecto me da miedo!

—¿Miedo? repitió la condesa haciendo un es-
fuerzo para sonreír, y apoyándose en el brazo
de Carlota.

—Sí, madrina, miedo! ¡Tiene un aspecto tan
altanero! Apenas quiso decirme quién era; pero
en cambio me dijo que me conocía mucho, que
era ahijada de Vd., que me llamaba Carlota y
me iba á casar pronto.

—En todo lo cual te dijo la verdad.

—Ciertamente, madrina; pero, ¿por quién sa-
be todo eso?

—Por mí. Es uno de mis mejores amigos, y nada le oculto.

—¿Era también amigo del señor conde?

Ruborizóse la condesa al oír esta sencilla pregunta; pero, recobrándose en breve, respondió:

—Sin duda: también era amigo de mi esposo.

—¿Y le ha dicho Vd. con quién me caso?

—No, respondió la condesa; tú se lo dirás.

—¿Yo? exclamó Carlota; ¡si apenas conozco á mi futuro! ¡solo le he visto tres veces!

—Pero, según parece, no te ha disgustado.

—¿Como podía disgustarme? Es un gran señor que lleva con majestad su hermoso bigote casi blanco, y que es general: tendré carruaje, palco en la Opera y una espléndida mesa, en la que habrá cada día algunos convidados; me dará trajes y joyas y tendré dinero para hacer limosnas. ¿Qué más se necesita para ser feliz?

Suspiró la condesa; guardó algunos instantes de silencio, y dirigió á Carlota una mirada de tierna conmiseración.

—Hija mía, le dijo, no es la riqueza ni la alta posición social las que constituyen la dicha, y por mi gusto daría tu mano con más gusto á ese jóven médico que la desea, y que cuida de los enfermos del cercano pueblo, que al general.

—¡Dios mío! ¡y sepultarme aquí para siempre! exclamó Carlota; ¡y ser pobre! ¡pobre como lo fué mi madre!

—Tu madre sufrió mucho, y sin embargo jamás debió llamarse ni se llamó infeliz, puesto que amaba á su marido y que hizo un matrimonio de inclinación.

—Ella fué, sin embargo, la que dejó ordenado mi enlace con el general.

—Acaso temería para ti la escasez que á ella no le asustó; pero yo temo más á la opulencia sin amor.

—¡Ah, madrina mía! exclamó Carlota; ¡es que Vd. no ha sido pobre jamás! ¡A pesar de que era yo muy niña, no se borrará nunca de mi memoria el espectáculo de la desdicha en que mi madre y yo estábamos envueltas! ¡Ella cosía y bordaba desde que el alba enviaba al mundo su luz primera: yo la ayudaba en lo poco que mis fuerzas me permitían. Mientras vivió mi padre, solo nos cercó la escasez; cuando él murió, fué la miseria la que hizo su presa en nosotras! ¡Cuando Vd. me dió su amparo, muerta ya mi pobre madre, había yo llorado tanto!

—Ya tenías entonces catorce años, mi pobre Carlota, y no me extraña que el aborrecimiento á la pobreza se haya grabado de una manera tan indeleble en tu corazón.

Y ¿cómo no, señora, si la pobreza fué la que abrevió la vida de mi pobre madre? exclamó la jóven: y ¿como no, si la ví sufrir durante largos días y eternas noches?

—Yo no me hallaba entonces en Madrid, ni

sabia nada de sus desgracias, dijo la condesa: á no ser así, hubiera venido á su socorro, y nada os hubiera faltado; pero piensa, hija mia, en que puedes derramar lágrimas más amargas que todas las que has vertido hasta hoy.

—Yo creo, madrina, dijo Carlota, que las lágrimas más amargas son las que arranca el caer de lo necesario para la vida.

—No, respondió la condesa; las más amargas son las que se sienten por haberse casado sin amor: yo, hija mia, yo, que las he derramado, te lo puedo asegurar.

Carlota miró atónita á la que hablaba: la voz de la condesa estaba llena de lágrimas, y en su rostro habia retratada una emocion tan dolorosa y tan profunda, que un rayo de luz penetró en el alma de Carlota.

—¡Ah! exclamó, echando sus brazos al cuello de la condesa: ¿tambien Vd. ha sido desgraciada como mi pobre madre?

—¡Más, hija mia, mucho más! y por eso te digo, á pesar del deseo expresado por la que te dió el sér, deseo que no es un mandato: no te cases sin amor!

—¿Dan Vds. permiso? preguntó una voz dulce y comedida, hácia la entrada del peristilo.

—Adelante, dijo la condesa.

Y un jóven de agradable figura, pero de aspecto tímido y cortado, apareció á los ojos de las dos damas.

—Buenas noches, mi querido Antonio, dijo la condesa alargándome la mano: ¿cómo has venido tan tarde?

—El estado de la pobre Marta me lo ha impedido, respondió el jóven, tomando aquella blanca mano con una cortedad muy visible.

—¿No está mejor?

—No señora: á pesar de no separarme apenas de su lecho, la ciencia ha sido hasta hoy ineficaz contra esa terrible enfermedad.

—¿No temes adquirirla tú, mi buen Antonio? Dicen que esas fiebres son contagiosas.

—No he pensado en eso, señora, respondió el jóven; pero aunque hubiera pensado, hubiera sido solamente para tener la firme intencion de cumplir con mi deber.

Estas palabras fueron dichas con tanta sencillez y modestia, que encerraban una gran sublimidad.

El que las habia pronunciado era un jóven de veinticinco á veintiseis años, sencilla y casi pobremente vestido: su fisonomia, pálida y triste, era extrañamente inteligente y dulce; bajo su frente abovedada se abrian dos grandes ojos azules, tranquilos y pensativos; su nariz, un tanto larga y ligeramente encorvada, daba á su rostro un gran carácter de nobleza y de severidad; pero los suaves contornos de la boca templaban aquella expresion, dando á su sonrisa una dulzura infinita.

Una barba de color castaño claro y armonioso, suave y sedosa, se ensortijaba sobre su rostro, de un óvalo prolongado, cuyo color mate era distinguido hasta un extremo indecible; mas todas estas ventajas solo eran visibles á los ojos de un observador inteligente, y ninguna persona vulgar podia reconocerlas ni apreciarlas.

Su traje era, aun más que modesto, humilde; una levita de moda pasada, negra como el pantalon; un chaleco asimismo negro, y una camisa de inmaculada blancura, componian su equipo; el calzado era barato, pero de una limpieza irreprochable; por debajo del cuello de la camisa pasaba una corbata negra, y se anudaba con una negligencia varonil y elegante á la vez.

El jóven médico se sentó al lado del canapé donde la condesa habia oido la narracion de su amigo, y que habia vuelto á ocupar.

Carlota se quedó en el parque formando un ramillete con las rosas y yerbas de olor que brotaban en grandes haces entre los árboles.

—¿No piensas en tu madre, Antonio, al exponerte así? preguntó dulcemente la condesa al médico.

—Mi madre, señora, respondió éste, me quiere mucho y muy bien, para ser causa de que yo falte á mi deber.

—Pero, ¿y si te mueres?

—Le consolaria la idea de que habia muerto cumpliendo con él.

—Y además le quedaria yo.

—¡Oh, sí, y esa dulce esperanza me sostiene y me da valor! exclamó el jóven uniendo sus manos con un ademan de apasionada gratitud. Vd., señora, es nuestra amada, nuestra bendita bienhechora.

—Vosotros lo mereceis, respondió la condesa con voz conmovida; y si pudiera, no dudes que te haria del todo feliz.

Al pronunciar estas palabras, la condesa dirigió una mirada á Carlota, que seguia cortando flores en el parque.

El jóven dejó escapar un suspiro.

Carlota entró un instante despues, y fué á ofrecer el ramillete á su madrina: sonrió al médico y le dió la mano con expresion afectuosa y fraternal.

Una hora despues, todo dormia en la bella quinta de la condesa de Peñaranda.

A la entrada de la risueña aldea que se extendia á los piés como un nevado delantal, habia una casita de dos pisos con ventanas y persianas verdes: en una del segundo brillaba una luz al traves de la persiana: aquella ventana era la del cuarto de Antonio, que escribia lentamente en un cuaderno de papel blanco y fino.

La tristeza de su rostro, comunicándose á lo que escribia, dejaba en aquellas páginas in-

maculadas la huella de un mortal desaliento.

«¡No hay, pues, esperanza para mí, escribía; Carlota no me amará jamás! solo me quedan mi madre y la ciencia; y cuando aquella me falte, ¿qué es esta para llenar la vida y el alma?»

«¡Qué dulce existencia hubiéramos podido pasar aquí los dos! ¡cómo la hubieran bendecido todos! ¡cómo la hubieran amado!»

«Pero, ¿quién soy yo para esa niña, cuya cabeza ha llenado de sueños vanos una educación fatal? Si se hubiera educado en la modestia y en una medianía próxima á la que yo puedo ofrecerle, no alimentaría las vanas quimeras de la vanidad.

«Paciencia: Dios me condena, sin duda, á la dura prueba de verla casar, y despues á la soledad y al aislamiento, porque yo no tendré jamás esposa, no pudiendo conseguir que Carlota sea mía.»

El jóven doctor apoyó la frente en la palma de la mano, y permaneció algunos instantes inmóvil y sumergido en sus dolorosos pensamientos.

Despues abrió un gran volúmen y se sumergió en las profundidades del estudio, supremo consuelo de las almas laceradas.

VIII.

Carlota era hija de una amiga de la condesa, que se habia casado con el hijo de un rico negociante español establecido en Bayona. Luisa se unió poco despues al conde de Peñaranda, con el que vivió catorce años, y la fortuna le sonrió, mientras que el marido de su amiga, al frente ya de la casa paternal desde su casamiento, quedó arruinado por especulaciones desgraciadas.

Su infortunio le costó la vida y dejó á su jóven esposa con escasísimos recursos, y con una niña que apenas contaba un año.

Esta niña, primero y último fruto de aquel desdichado y breve enlace, era Carlota.

La madre se puso á trabajar animosamente para mantener á su hija; pero las privaciones y la tristeza fueron minando su salud, y sin estar positiva y peligrosamente enferma, empezó á arrastrar una existencia lánguida y doliente.

De esta suerte pasaron algunos años, años llenos de privaciones y que dejaron al alma infantil de Carlota un profundo horror á la pobreza, y una ánsia secreta de dinero.

La niña, dotada de una imaginacion viva é